

Joan Manuel Serrat

LA VIGENCIA DE UNA CULTURA

JUAN ANDRÉS PIÑA

Más maduro, más reflexivo, más melancólico a ratos, Joan Manuel Serrat reapareció hace algún tiempo en las radios chilenas con sus nuevas canciones del Long-Play *En tránsito*. Imperceptible pero masivamente, el cantante catalán se ha ido imponiendo otra vez, como antes, en las ventas y los rankings.

Curioso. Serrat, solo, le hace frente a las marejadas festivales, músicas disco y bailongos que nos aquejan, e interesa a una parte de la juventud actual. Esta súbita reaparición y golpe de vigencia hace volver irremediablemente al pasado a muchos cuya adolescencia se construyó en parte sobre las canciones de Serrat.

Una generación entera ha transcurrido y con ella mucha agua bajo los puentes. Resulta asombroso comprobar que temas como los de Serrat siguen entusiasmando, quizás, como hace quince años, cuando apareció en las radios y disquerías, poniéndole una canción en la boca a nuestra generación ansiosa y vital que tenía todo el mundo por delante.

Era casi el final de la década del 60, con todos los lugares comunes que el tiempo ha acumulado: París del 68, desborde juvenil, boom novelístico latinoamericano, Proyecto Apolo, la consagración del feminismo, los golpes de Muhamed Alí, la liberación, la participación, la revolución... Entramos en la adolescencia movidos por el frenesí de Los Beatles, que llenaban una necesidad de ritmo, desfachatez, ansias de paz. Pero también cre-

cimos escuchando al insistente Twist, cuyo valor hoy es sólo la melancolía: "Caramelo de menta / yo te traigo, nena / que sólo son / para ti, mi amor. / Twist, todos bailan el twist".

Cándidas y facilonas, estas letras y esas melodías no llenaban las ganas de poesía y absoluto a que se aspiraba. Se intuía que la canción popular podía ser algo más, debía ser algo más. Ya la Nueva Canción Chilena lo estaba diciendo hacía algún tiempo, recogiendo la herencia de Violeta Parra, que por sí sola era capítulo aparte.

¿Y en medio qué? A tuestas, buscando, existía la certeza de que había un inmenso hueco por llenar. Tenía que haber algo más que el Dúo Dinámico, Julio Iglesias —devuelto después en gloria y majestad— José Alfredo Fuentes o Luis Dimas. Y en medio de esta oleada de canciones azucaradas, de rápido corte y confección, de chillidos y gritos, surgió el ritmo pausado, la ironía, la reflexión de Serrat.

¿Qué había en él para entusiasmar tanto? Mirada a la distancia, su poesía aparece como un objeto noble, construido lejos de los lugares comunes por ese tiempo en boga. Surge con él originalidad, realismo no mentiroso, creatividad. El amor, tantas veces cantado, mentido, repetido, alabado, por aquella serie infinita de adjetivos rosados, tomaba en él otro sentido por la palabra que lo nombraba: "Porque te quiero a ti, porque te quiero / dejé los montes y me vine al mar. / Tu nombre me sabe a hierba / de la que crece en el valle / a golpes de sol y de agua. / Tu nombre me lleva atado / en un pliegue de tu falda /

y en el bias de tu enagua".

Frente a un sector idiotizado hasta lo caricaturesco por la música popular comercial, apareció una voz inteligente. Infinidad de mundos se encontraban en el pliegue de la falda y el bias de la enagua. La poesía de Serrat, con el tiempo, va constituyéndose en un sistema cerrado de significaciones. La misma mujer, el amor, los paisajes, el mar, los ríos, el dolor, se abren en dimensiones distintas a las manidas por la otra canción popular.

Con asombro, esa generación supo que también la música de las radios podía referirse a seres solitarios, a la niñez de provincia, a campesinos, madres primerizas, aburridos oficinistas. Todo los temas del mundo. No eran, entonces, ni los caramelos de menta ni los requiebros lastimeros por el amor que se fue.

La puerta, ancha, ya estaba abierta y como un vendaval entraron Rafael Alberti, Antonio Machado, Miguel Hernández. Paulatinamente se reveló viva la poesía española, la misma que nunca pudo emocionar en el colegio, a fuerza de controles parciales y ambiciosas pruebas acumulativas. La poesía era para cantarla. Sabíamos —sin saber— que la cultura no debía ser porfiadamente eso aburrido y hostigoso, sino algo cerca de nuestros intereses y ambiciones.

Serrat aparece, otra vez, fresco y lozano. Más depurado en las letras y los ritmos, maduro en edad y creatividad, es el mismo siempre. Basta escuchar algunos de los temas de *En tránsito*. Nada nuevo, entonces, hay bajo el sol. Serrat devuelve las esperanzas de que aún se pueda crecer hoy día al compás de una música crítica y creativa, social, individual y universal. Los otros ritmos hechos de pura cáscara que inundan actualmente el aire serán, quién sabe, sólo el telón de fondo para una cultura que subterráneamente sigue creciendo. Sólo ahí la canción popular no habrá cantado en vano. □

Diciembre 1981.